

bueno y aprobado, se coordinó de una manera, si se quiere imperfecta pero admirable para la época, entonces que las reglas del derecho eran aun tan confusas y tan inciertas, que se tenía que luchar contra los privilegios de las provincias, y que Luis XIV tuvo varias veces que reducir á los refractarios á la obediencia con las armas y suplicios.

Los ministros tenían cada uno un departamento, pero su poder, absoluto al principio, quedó después subordinado á la voluntad del rey; opusieron las intendencias reales á los gobiernos militares y á la influencia de los parlamentos. Un consejo de conciencia, compuesto de tres prelados sin tacha, examinaba el mérito de los sugetos presentados para los beneficios eclesiásticos. Otro consejo discutía las materias de justicia, comercio, marina y policía.

Como la acción de la justicia, que no aplica castigos más que á los delitos materiales probados, parecía demasiado lenta, y como numerosas dilaciones facilitaban la impunidad, Luis XIV procuró dar fuerza á la policía, resultando una gran organización, modelada por la de Venecia. Ya existía antes, pero como auxiliar de la justicia: Luis XIV la hizo independiente y mixta de militar y judicial para proteger los placeres del rico, el bienestar del pobre y la tranquilidad de todos; pero observadora oculta de los descontentos políticos, abría las cartas, reducía á prisión á su arbitrio, y se valía de medios vergonzosos y violentos que no han desaparecido. El pueblo no la tenía en mal concepto, porque en su oscuridad se hallaba libre de las investigaciones de aquéllas: al contrario, se alegraba de que evitase los delitos, impidiese los robos y las rapiñas, y castigase los fraudes.

En suma, la organización de Luis XIV era muy sencilla, como todo lo que es despótico; un rey absoluto, por la gracia de Dios; una nobleza á la cual estaban reservados los primeros honores en la corte y los mayores peligros en la guerra; una clase media protegida y satisfecha en sus intereses materiales; un parlamento reducido á juzgar; un clero reservado únicamente para anunciar la palabra de Dios, y la obligación de obedecer al rey; sin hombres, ni cuerpos capaces de poner trabas al rey, que no debiendo dar cuenta de sus acciones más que á Dios, se hizo no obstante perdonar su tiranía con un excelente sistema de administración, al mismo tiempo que se rodeaba de una pompa digna de la gran civilización de la época.

Pero si Luis XIV consideraba su grandeza en la magnificencia, Colbert no se complacía en ella más que para el bien de la Francia, único objeto de sus ideas: si Luis XIV no pensaba más que en el fausto y no veía más que un manantial de nuevas contribuciones en la prosperidad de la indus-

tria y de la agricultura, su ministro contemplando, por el contrario, con alegría desde las ventanas de su palacio los campos comarcanos, exclamaba: ¡Ojalá pueda yo hacer feliz á este país; y lejos del rey, sin apoyo, sin crédito, ver crecer la yerba en mi patio!

Habiendo prohibido el duelo, no sólo por un sentimiento de justicia y religión, sino también por considerarle como un vestigio de la guerra y del derecho de la particular, Luis proporcionaba un desahogo al genio belicoso de los nobles con no dejarles faltar á las expediciones y á los asedios. Aquellos nobles provinciales, aquellos ciudadanos que se acordaban de sus derechos, aquellas damas que intrigaban en la política encontraban desengaños en palacio y burla en la asalariada musa de Molière, y Luis con objeto de que no se ocuparan en formar partidos, los hacía andar de fiesta en fiesta, en triunfos, en diversiones sorprendentes; grandes cosas, grandes nombres y mil expansiones de la actividad nacional: y el fausto y la gloria les ofuscaban de tal modo, que no les dejaban pensar en que habían tenido derechos, ni en que podían reclamarlos. Llevada la nobleza á la corte, único punto en que se adquirían honores y placeres, y alejándose de las provincias donde tenía sus riquezas, perdieron los nobles la independiente arrogancia de sus antepasados; al parlamento que había descendido hasta el cuarto lugar en el Estado, no le quedaron ya otras atribuciones que las de registrar: los ciudadanos comerciaban y trabajaban: los magistrados municipales llegaron á ser reales; el clero un simulacro y el tercer Estado una fábrica: el pueblo aplaudía en los espectáculos: los escritores, en vez de censurar, adulaban: se introdujo aquella uniformidad que es el fin á que se dirige el despotismo: todo tomó por centro la unidad real y la ministerial; la monarquía triunfó y el palacio del rey no tuvo ya necesidad de hacer la guerra á los castillos.

Sólo por medio del temor y de la admiración llegó Luis á realizar su expresión de *el Estado soy yo*: se apropiaba la gloria de los grandes hombres que tuvo la fortuna de hallar y el talento de servir de ellos: y nadie supo jamás ejercer tan bien lo que él llamaba *el oficio del rey* (20). La Francia, que se veía elevada á tan alta consideración é imitada por los extranjeros; que miraba abatidos á los antiguos partidarios de la Fronde, y que no oía de sus brillantes literatos más que los aplausos y el vilipendio de lo pasado, aceptó como una gloria sus doradas cadenas y creyó también que el Estado era el rey.

(20) *Obras*, II, p. 455.

CAPÍTULO V

GUERRAS.—HOLANDA.

¡Feliz la Francia, si Luis XIV no hubiese comprometido aquel floreciente Estado para adquirir gloria y hacer ostentación de su superioridad! Después de haber humillado la Francia al Austria con los tratados de Westfalia y de los Pirineos, se había engrandecido en la opinión como protectora de la paz de Europa. Los príncipes del Imperio permanecían fieles á Luis XIV, que garantizaba sus libertades; tenía por amiga á la Inglaterra que le había hecho adquirir á Dunkerque y á Mardick; se había renovado la alianza suiza, y había reprimido los corsarios del Mediterráneo.

Pero sus aduladores le repetían que era superior á los demás reyes, que debía reunir bajo su cetro el imperio de Carlomagno; y el abate Colbert le decía en nombre del clero: «Oh rey, tú que das leyes al mar y al continente; que cuando te agrada lanzas el rayo á las costas africanas; que rebajas el orgullo de los pueblos, y precisas á tu antojo á sus soberanos á reconocer de rodillas el poder de tu cetro é implorar tu misericordia...»

Louvois.—Luis XIV se veía aun más incitado por el parisiense Francisco Louvois, ministro de la guerra, hombre de gran actividad, pero violento, altanero y firme en su voluntad. Omnipotente en el ánimo del rey, enemigo personal de Colbert y de su hijo Seignelay, ministro de marina, quería arruinar las rentas que éstos habían organizado, destruir la marina que florecía bajo su administración, y sustituir actos hostiles á los procedimientos pacíficos del ministro rival. Al paso que Colbert consideraba el oro como un instrumento, la corrupción como un medio, y se proponía un resultado, una paz digna y fecunda en riquezas, Louvois, para poner trabas á su marcha, quería la guerra, y la obtenía obrando sobre el móvil principal del amo que era la ambición; y le hacía comprender que debía ser el Marte de su siglo, en vez de entretenerse con miserias de

comercio como los holandeses: le persuadió que era una señal de poder no tener aliados: *La divisa más justa*, le decía, *es la que ha adoptado V. M. Solo contra todos.*

La situación de la Francia era de las más favorables para cambiar su papel de árbitra en el de conquistadora. Poseía los ejércitos que habían vencido en Rocroy, en Friburgo, en Nordlingen, en Sommershausen, en Lens y en las Dunas. Los soldados, reclutados en todos los lugares, no comprendían la idea de la patria, pero tenían un vivo amor á su país: acostumbrados á los trabajos del campo, habían sido educados en los relatos de las guerras de religión. La nobleza joven amaba los peligros de los campos; por eso se veía á elegantes señores, adornados con cintas y perfumados de ámbar, después de haber pasado el invierno en los más muelles deleites, empeñar sus muebles y propiedades para ir á afrontar toda clase de privaciones y desafiar á la muerte como héroes. «Tantos valientes como veía animados por mi servicio, escribía Luis XIV, parecían solicitarme á cada momento para que ofreciese una ocasión á su valor. A la primera noticia de la guerra de Flandes, mi corte se aumentó en un instante con infinidad de caballeros que me pedían empleo.» (1) Persuadiéronle que un rey debe tener siempre la espada en la mano; ahora bien, nada era más fácil que esto, en quien escribía en 1688 al mariscal de Villars: «Engrandecerse es la más digna y agradable ocupación de un soberano.» Por otra parte, nada contribuye más á dar unidad al poder y á centralizar que la fuerza militar: este elemento se encontraba entonces concentrado igualmente en manos del rey, y distinto de la sociedad: lo cual le hacía

(1) *Obras*, II, 6, 274.

propio para comprimir en lo interior y pelear fuera.

En aquella época la guerra había comenzado á ser una ciencia. En la Edad Media no había ejército; era una nobleza valiente, cubierta de hierro la que se presentaba rodeada de arqueros armados á la ligera, y la táctica consistía en la lucha de hombre á hombre, de tropa á tropa. En tiempo de la Liga, la España, con movimientos dirigidos con prudencia, había ejercitado mucho la agilidad de los escuadrones ligeros de los bearneses. La guerra de los Países-Bajos, mejoró el arte de los sitios, la artillería, las combinaciones estratégicas; y Gustavo Adolfo probó que en los ejércitos, la fuerza material no hace tanto como la fuerza moral. Después vino la sabia reflexión de disponer en orden y con arte á los batallones, y formar estensos planes. Reconocióse entonces tres escuelas militares: la alemana, que obraba con grandes masas de caballería, con corazas, que el cañon mataba ó dispersaba fácilmente; la escuela española, que adoptó el orden cerrado, pero con menos caballería, formando atrincheramientos y cuadros de lanzas, y moderando con prudencia los movimientos, para llegar á la pelea con la certidumbre del éxito; en fin, la escuela francesa. Los hermosos tiempos de la escuela española habían pasado, y los franceses obtenían la ventaja; pues después de haber sufrido frecuentes derrotas por su impetuosidad, se habían moderado entonces con la prudencia de Turenna, que probó en Rocroy la superioridad de la infantería francesa sobre la de los españoles. En tiempo de Luis XIV, las reformas se introdujeron en el ejército como en todas las cosas. Se alistó en él á personas acostumbradas á la indisciplina en las turbulencias pasadas; á cada regimiento le vistió de una manera uniforme; los soldados rebajados, que no figurando más que en los días de revista, se aprovechaban de las pagas y de los privilegios, desaparecieron de los cuadros. Establecióse primero cuatro granaderos por compañía; después se formó una compañía de granaderos en cada regimiento de infantería; formose además un regimiento de húsares y bomberos. Aumentose el número de los dragones; fundáronse yeguardas, escuelas de artillería, un cuerpo de ingenieros, y se hizo general el uso de la bayoneta.

Debe desde luego comprenderse que los grados no se conferían más que á los nobles; pero la gran influencia que tenían sobre los soldados, y el exagerado sentimiento de su dignidad hubiera llegado á ser un freno para el rey, si hubiese querido reducir alguna vez al ejército á no ser más que un ciego instrumento de deslealtad ó tiranía. Sin embargo, la introducción de los uniformes entre los oficiales fué un gran golpe que sufrió el orgullo de los caballeros, que trataban como iguales á los generales, y que pretendían obrar del mismo modo con Turenna, porque no tenía en la sociedad la superioridad que poseía en el ejército. El coronel general, que antes decidía de los ascensos, quedó

suprimido, y el rey llegó á ser de este modo el verdadero jefe del ejército. Instituyó para recompensar el valor la orden de San Luis, é hizo que se presentase menos espantosa la ancianidad al soldado, preparándole un noble asilo en el cuartel de inválidos. Formó las compañías de cadetes, estableció además en 1688 treinta regimientos de milicianos vestidos y armados por las municipalidades, que se ejercitaban en las armas sin abandonar sus labores. De esta manera pudo disponer de cuatrocientos cincuenta mil hombres, que sostuvo bajo una severa disciplina, preparó almacenes é hizo construir admirables fortalezas.

Estas fueron construidas por Sebastian Vauban, de Borgoña, á quien Mazarino, que conocía los hombres, adhirió á los ejércitos reales. Asistiendo con ellos á diferentes sitios, reconoció los medios de mejorar el ataque y la defensa, y pronto llegó á ser ingeniero en jefe del gran rey, para quien hizo construir treinta y tres plazas fuertes nuevas; reparó trescientas antiguas, dirigió cincuenta y tres sitios, é intervino en ciento cuarenta hechos de armas.

Vauban no inventó un arte en el que los italianos habían manifestado ya gran habilidad, y del que habían adquirido mucha experiencia en la guerra de Flandes; pero supo hacer mejoras en la aplicación oportuna de sus procedimientos de los extranjeros: sin haber escrito ninguna obra de táctica, consiguió que los adelantos sucesivos de este arte llevasen su nombre; y supo, sobre todo, asociar la estrategia al arte de las fortificaciones. Debe decirse también que nunca olvidó conservar la vida de los soldados y de los ciudadanos pacíficos; siendo este objeto al que se dirigían el sistema de las paralelas y de las plazas de armas, cuyo primer ensayo se hizo en el sitio de Maestricht, como también su obra *Sobre el ataque y defensa de las plazas*.

Luis XIV consideraba como una señal de grandeza poseer muchas plazas fuertes, aun cuando no fueran necesarias: después de haber procurado Vauban demostrarle que este inútil gasto inmovilizaba para la defensa un gran número de hombres, no pudo conseguir más que repartirlos en los puntos más convenientes á las grandes operaciones militares. Las ciudadelas sirvieron también para sujetar á los ciudadanos: no pudieron ya reclamar, insurreccionándose, derechos que la ley consideraba como principio de rebelión, y los gobernadores dejaron de ser bajáes en las provincias.

Las escuadras adquirieron también en aquella época una gran importancia. Se habían aplicado á ellas las terribles innovaciones de la artillería, y dejaban conocer que el tridente de Neptuno llegaría á ser el cetro del mundo. La principal fuerza marítima consistía en galeras, barcos movidos por hombres como lo son en el día por el vapor. Criminales condenados, berberiscos arrebatados de los desiertos de Africa, eran encadenados á los bancos y sometidos á un movimiento de fuerza lenta, mecá-

nica, que aunque fatigándolos horriblemente, les dejaba la tranquilidad necesaria para considerar el peligro, del cual no podían distraerse gritando: en efecto, en el momento del combate se les ponía una mordaza, á fin de que no pudiesen, hablando, impedir las voces de mando. Obligados entonces á corresponder á la impaciencia del capitán, llovían sobre sus costillas los latigazos; siéndoles preciso avanzar contra un fuego que no veían; heridos por las armas del enemigo, sin sentir la exaltación que produce la lucha, sin poder esperar después de la victoria las recompensas, ni la feroz alegría de la matanza ni del saqueo.

El bearnés Bernardo Renau de Elizagaray, después de haber estudiado la teoría se dedicó con profunda meditación á resolver los problemas más difíciles de la construcción de los barcos: llegó hasta esponer, como por casualidad, las combinaciones más estudiadas, encontrándolas muy naturales, y admirándose de que no hubieran pensado otros en ellas. Propuso, en su *Teoría naval*, aligerar mucho la popa y la proa, desembarazándolas de sus enormes alcázares; hacer menos redondos los barcos, y uniformar el calibre de los cañones, con el objeto de evitar la confusión de los cargamentos, causa de graves embarazos.

Cada constructor tenía un *secreto de construcción* propio suyo, al cual no quería renunciar, á pesar de todas las observaciones de las personas experimentadas; pero Renau propuso á Colbert el establecimiento de una escuela pública de construcción naval y de un cuerpo de ingenieros, lo cual arrojó semejante monopolio, y convirtió un barco en un resumen de todos los conocimientos físicos y matemáticos.

Dunkerque se señaló principalmente por sus excelentes marinos y sus audaces corsarios que volvían al puerto con ricas presas. En esta ciudad fué donde nació Juan Bart (1651-1702), que después de haberse instruido bajo el mando de Ruyter, volvió á Francia, cuando estalló la guerra con la Holanda. Entonces fué cuando habiendo armado un barco en corso, se dió á conocer de tal manera por su intrepidez é inteligencia, que el rey le tomó á su servicio. El nombre de Juan Bart ha permanecido siendo popular como representante de la grandeza marítima de la Francia, así como el de Bayardo de su gloria caballeresca. Hijo del pueblo, no renegó nunca de su origen; y en los grados que obtuvo por un valor inaudito, conservó la sencillez y aspereza del marinero, en medio de los caballeros de civilizados modales, que tenían á honra servir en los barcos de su escuadra, sufrían sus arranques y le seguían en las más peligrosas empresas. Cuando fué á la corte, no se cortó en presencia de los brillantes caballeros y hermosas damas que habían acudido á ver al *Oso*, como se le llamaba. Un día que el rey le hacía esperar en la antecámara, sacó su pipa y se puso á fumar esperando audiencia. No cuidaba de moderar la energía de su lenguaje aun en presencia de la ma-

jestad soberana. «Juan, le dijo un día el rey, os he nombrado jefe de escuadra.—Habeis hecho bien, señor, contestó.» Como los cortesanos dejasen escapar una sonrisa de burla; queriendo Luis XIV manifestar que entendía de achaques de grandeza, replicó: «No le habeis comprendido; esta es la respuesta de un hombre que conoce lo que vale, y piensa darme de ello nuevas pruebas.»

La relación de sus hazañas verdaderamente extraordinarias se parece á una novela, pero ninguna de ellas produjo grandes resultados; por esto se decía que *no era bueno más que á bordo*. Siempre corsario, sin retirarse nunca delante de fuerzas superiores, estaba determinado á volarse antes que rendirse. Los holandeses y los ingleses le tuvieron siempre mucho miedo. Un día atravesó con siete fragatas por en medio de treinta y dos barcos que bloqueaban el puerto de Dunkerque, y al día siguiente hizo prisioneros cuatro buques ingleses cargados de riquezas. Incendió en aquella campaña más de ochenta buques enemigos, desembarcó en Newcastle, que saqueó, y volvió con un millón y medio de botín. Sin tener más que tres barcos de guerra, dispersó en el Báltico la escuadra holandesa cargada de granos y capturó diez y seis buques mercantes. Al mismo tiempo que impedía su provisionasen los enemigos, hacía pasar los convoyes destinados á los países amigos.

Duguay-Trouin, su émulo, de origen también popular, unía á la audacia el estudio, que Juan Bart había descuidado.

Richelieu, que había encontrado á la Francia sin un barco de alto bordo, convirtió á Brest, pueblo de pescadores, en un puerto militar, y compró ó hizo construir treinta y cinco barcos y diez galeras. La marina decayó de nuevo durante la Fronda; pero Lionne tuvo cuidado de reponerla mandando construir buques y comprar materiales. Estableció en Amsterdam una fundición de cañones, hizo ir de Holanda constructores, de Suecia carpinteros y cerrajeros, y de las orillas del Báltico tejedores para las telas de las velas y el cordaje. Abriéronse nuevos puertos, agrandáronse otros; y el año de 1666 el duque de Beaufort mandaba contra los ingleses una escuadra de treinta y cuatro buques tripulados por diez mil quinientos cincuenta y seis hombres. En el año siguiente la marina francesa contaba cincuenta y nueve buques, de los cuales dos de ochenta cañones, cinco fragatas de catorce á veinte, seis más pequeñas, nueve fustas, trece brulotes, cinco buques de guerra y mercantes de diez á cuarenta cañones, trece galeotas, y además un número bastante grande de pequeños barcos para formar un total de ciento diez velas, con tres mil setecientos trece cañones y veinte y un mil novecientos quince hombres de tripulación, sin contar los oficiales (2).

(2) MIGNET, *Sucesion de España*. Documentos, t II, página 49.

Luis XIV llegó poco á poco á este grado de poder; pero los que como él no calculaban los sufrimientos del pueblo, se lo habian hecho presentir. Encontrándose después con fuerzas, con el ejército más aguerrido de Europa, con grandes generales, entre los cuales basta citar á Turena y á Condé, con una numerosa y joven nobleza deseosa de señalarse, y filas de las cuales debian salir los Catinat, los Vendome, los Villars, y hábiles ingenieros como Clairville, Mesgrigny, Choysi, Vauban, se dejó deslumbrar y precipitó á la Europa á cuatro guerras, de las cuales la última puso la Francia á orillas del precipicio.

Los tratados de Westfalia, de los Pirineos y Olivo habian terminado las disensiones en el centro de Europa, en el Mediodia y en el Norte, debilitando en provecho de la Francia el cuerpo germánico y la Suecia, el Austria, la España, la Dinamarca y la Polonia; determinando los territorios, fijando el derecho público y arrebatando á los unos todo motivo de renovar las hostilidades, á otros la voluntad y á muchos los medios necesarios. Difícil era, pues, turbar la paz; pero Luis XIV se aprovechó de los primeros pretextos que encontró. Comenzó por abrogarse prerogativas sobre las potencias, que hasta entonces habian sido tratadas como iguales. Habiéndose negado el embajador de España en Londres á ceder el paso al suyo (1662), se siguió una cuestion: Luis XIV amenazó á Felipe IV, que le dió una satisfacción y reconoció la preeminencia de Francia. El embajador francés en Roma tenia á su servicio personas que molestaban á los habitantes, y daba en su palacio asilo á gente perdida. Irritada la guardia corsa con los repetidos insultos que tenia que sufrir por su parte, rodeó el palacio é hizo fuego; un paje fué muerto y varios criados heridos. Luis XIV pidió una satisfaccion; mas como tardaba ocupó á Aviñon, hizo conducir á la frontera al nuncio, y se dispuso á pasar á Italia con diez y ocho mil hombres. En vano Alejandro VII hizo ejecutar á los culpables, permaneciendo indiferentes el Austria y la España á este abuso de la fuerza contra el débil; y careciendo el papa de tropas, se vió obligado á humillarse ante la arrogancia del monarca. Fué preciso desterrar á su propio hermano como acusado de haber tomado parte en este hecho, enviar al cardenal Chigi á pedir perdón, abolir la guardia corsa, construir una pirámide con una inscripcion que recordase la injuria y la reparacion, y obligarse hasta á ceder ciertas porciones de territorio á los duques de Parma y Módena.

Este fué el preludio de mayores exigencias. Dos potencias causaban recelos á Luis XIV: la España, hereditariamente enemiga de la Francia á la que trataba de desmembrar por tierra, y la Holanda, con la que queria rivalizar por mar.

Cuando la muerte de Felipe IV, le pareció favorable la ocasion para realizar sus proyectos, suscitando pretensiones á la sucesion de este príncipe, en nombre de Maria Teresa su mujer. Esta prin-

cesa habia renunciado, como ya hemos dicho, á la herencia paterna; pero se decia que la renuncia era nula, en atencion á que su dote no habia sido pagado. Además, era costumbre en algunos países de Flandes, que cuando un viudo ó viuda contraian segundas nupcias, la propiedad de los bienes inmuebles fuese devuelta á los hijos del primer matrimonio, y que el padre ó la madre no conservase más que el usufructo. Luis XIV quiso estender esta costumbre privada á un caso de derecho público. Ahora bien, habiendo nacido Carlos II del segundo matrimonio de Felipe IV, y Maria Teresa del primero, reivindicó por el *derecho de devolucion* el Brabante, Malinas, Ambères, el Güeldre superior, Namur, el Limburgo, Hainaut, el Artois, Cambresis, el Luxemburgo, el Franco-Condado y una parte de Flandes, aunque las leyes fundamentales de la España establecen la indivisibilidad de la monarquía. Este era un pretexto futil presentado después de haber adoptado un partido; encontró, no obstante, defensores en la guerra de pluma que se empeñó entonces (3).

«Creyendo que el mejor medio para los hechos importantes era sorprender á mis enemigos con mi actividad y entrar armado en su país antes de que estuviesen en estado de resistirse, disponia insensiblemente todo para comenzar esta campaña antes que lo acostumbrado. Reunia en cada plaza trigos, harinas, forrajes, pólvora, balas, cañones y otros objetos. Pero sobre todo continué haciendo ejercitarse cuidadosamente á las tropas que se hallaban á mi alrededor, á fin de que los oficiales aprendiesen con mi ejemplo á tener el mismo cuidado con las que mandaban.» (4) Pronto invadieron á Flandes tres ejércitos mandados por el rey,

(3) Uno de los escritos más importantes contra las pretensiones de Luis XIV, es del ilustre jurisconsulto napolitano, Francisco de Andrea: *Dissertatio ex successione ducatus Brabantiae, y la contestacion al tratado de los derechos de la reina cristianísima, sobre el ducado de Brabante y otros Estados de Flandes*. 1668.

(4) *Memorias de Luis XIV*, t. II, 263. Ha sido publicado en el IV volumen de los *Archivos filosóficos*, de Reiffenberg, un tratado titulado: *Aviso secreto dado al rey Luis XIV, por el consejo de Estado, y á la reina de Francia sobre las máximas y reglas que deben guardarse en la conquista de los Países-Bajos*. En la primera parte el consejo de Estado indica que la manera de conquistarlos, es mostrar moderacion, respetar las costumbres y sostener los privilegios. Pasado el tiempo del *disimulo*, se podrá imponer contribuciones á discrecion, como en toda la Francia, con aumento y hasta el equivalente de lo que hubiesen debido pagar en el tiempo antes del *disimulo*. Pero como se verán engañados, se animarán á rebelarse, é importa que además del freno de las ciudadelas y de las bastillas, se reduzca poco á poco á estos pueblos á la servidumbre; envilecer el orden eclesiástico disponiendo, como si fuesen encomiendas, de los beneficios y prelacias, separando á la nobleza de todos los empleos y cargos; poniendo trabas al comercio y al tráfico del tercer Estado, privando á todos y á cada uno de las comunicaciones exteriores. Será preciso

que iba á aprender la guerra bajo la direccion de Turena, y bien provistos por los cuidados de Colbert y Louvois. Los españoles que llenaban á la Europa con sus quejas y sospechas, no habian preparado nada con respecto á tropas, dinero y alianza. Luis XIV no tuvo, pues, necesidad de pelear, sino de triunfar. Vauban fortificó con arreglo á los métodos nuevos las nuevas plazas conquistadas, y el rey volvió en medio de los aplausos, alabándose de su moderacion, que le habia determinado á detenerse en medio de sus victorias.

Fuera de estado la España de hacerle frente con sus propias fuerzas, trató de hacer conocer á otras potencias la comunidad del peligro, con el objeto de que el interés les hiciese defenderla.

Los proyectos de Luis XIV no agradaban á Leopoldo de Austria, que aspirando á la herencia de Felipe IV, debia querer sostener su integridad y á la Holanda, á la que importaba conservar los Países-Bajos á la España como barrera entre ella y la Francia. Trató Luis XIV de ganar á los holandeses proponiéndoles una particion de aquel territorio, y detener al Austria, haciendo que le fuese hostil el cuerpo germánico, que en efecto, no proporcionó socorros al emperador. Witt, gran pensionario de Holanda, habia ya pensado en emancipar los Países-Bajos españoles para erigirlos en república; y con este objeto se habia esforzado en evitar la guerra. Asustado entonces con el peligro vecindario del rey de Francia, determinó á los holandeses á unirse á Inglaterra, cuya envidia se habia despertado, y á la Suecia para conservar los Países-Bajos á la España (1668). Estas tres potencias protestantes se confederaban en favor de la España católica por la misma razon que hace que en el dia se sostenga la Turquía.

Aunque Luis XIV esperimentó gran cólera al verse detenido en sus conquistas, no se creia en estado de aventurar su marina aun bisoña contra la Inglaterra y la Holanda; además negociaba entonces con el emperador Leopoldo para repartirse la monarquía española en el caso en que Carlos II llegase á morir sin hijos. Firmóse, pues, un tratado de paz en Aquisgram, por el cual la Francia devolvió el Franco-Condado, conservando á Charleroi, Binch, Ath, Douai, Comines, Tournay, Oudenarde, Lila, Armentières, Courtray, Bergues y Furnes, llaves de los Países-Bajos; de manera que le hubiese valido mejor á la España ceder el Franco-Condado. Pero el pretexto de la *devolucion* era tan vano, que ni siquiera se hizo mencion de los derechos de Maria Teresa. En él se violaba abiertamente el derecho público y el de propiedad, pues que se reconocia una pretension, á todas luces injusta; y

sostener tropas, á las que el país deberá proporcionar víveres; procurar introducir la diversidad, es decir, las herejías religiosas, á fin de que estando divididos en diferentes sectas y facciones, no puedan hacer nada tan secretamente que no se descubra.

si el equilibrio tuvo ventajas por un momento, se vió hollada la garantía del derecho, quedando los pueblos extranjeros al capricho de un rey ó á las eventualidades de la guerra.

Luis XIV no consideraba los tratados sino como cumplimientos, en los cuales se comprende otra cosa que lo que se dice. Esto es lo que manifestó abiertamente, cuando, á pesar de aquella paz, proporcionó socorros al Portugal rebelado contra la España. ¿Era, pues, posible esperar que se conseguiria impedir satisficiese sus dos principales deseos de conquistar los Países-Bajos y vengarse de la Holanda?

Después de grandes esfuerzos de valor logró la Holanda emanciparse de la España, enriquecerse con sus ruinas, ocupando sus colonias en las Indias y explotando la Bélgica; se habia engrandecido tanto por mar como circunscrito por tierra. Surcando el Océano en lugar de la tierra, servia de granero al mundo sin tener campos; era el almacén general sin producir nada, y el banco universal sin poseer minas. La escasez del combustible le precisó dedicarse á las manufacturas más bien que á las construcciones. El cáñamo, el lino, la lana se trabajaron con éxito, y se fabricó allí el mejor papel. Todos los procedimientos se perfeccionaron, al paso que la civilizacion creciente de Europa abria nuevas salidas á las mercancías. La pesca del arenque y de la ballena le producía grandes beneficios. Los barcos holandeses, cuya construccion se habia mejorado, hacian por las demás naciones el comercio de transporte, sobre todo en los mares del Norte. Con respecto á las colonias, no se arrojaban sobre ellas con una ciega ambicion, sino á proporcion de su territorio y poblacion.

Los holandeses habian tambien establecido, para perjudicar á la España en América, la compañía de las Indias occidentales que hizo presas muy ricas; y aunque habian abandonado el Brasil, que habian conquistado y les habia sido asegurado por la paz, formaron en otras partes establecimientos favorables al contrabando.

La compañía holandesa de las Indias procuraba asegurarse por todas partes el monopolio, rechazando, sobre todo, á los ingleses, que eran sus únicos rivales. Batavia era siempre el centro de sus operaciones y el del gobierno, que desde allí se estendió al Malabar, á Ceilan, á la costa de Coromandel, y hasta á la China y el Japon, de donde los holandeses escluyeron enteramente á los portugueses. La adquisicion del cabo de Buena Esperanza hubiera sido más importante para ellos, si en lugar de una simple estacion la hubiesen convertido en una colonia agrícola. La Haya era, pues, el laboratorio de la política europea. Desde el momento en que estallaba una guerra en Europa, la Holanda trasportaba los efectos á los más remotos mares, y concluía por sacar ventaja, hasta el punto de fundar otra compañía para el comercio de Asia.

Enrique Federico, príncipe de Orange, que an-